La Novela Corta

SE
P-2190

Murió como un Hidalgo.

POR

Diego San José

5 cts.

El Liberal, el Heraldo de Madrid, el A B C, etc., han publicado la carta que transcribimos a continuación:

Sr. D. JOSÉ DE URQUIA

Nuestro distinguido amigo: No ignoramos que el éxito de La Novela Corta, aún más que al carácter popular de su precio, débese al prestigio literario de que usted ha sabido rodearla. Sin embargo, para que su propósito de cultura no resultara incompleto, estimaríamos conveniente que en el cuadro de sus colaboradores únicos, incorporase usted el nombre desconocido de algún joven luchador de verdadero talento.

¿Por qué no celebra usted un concurso?

Somos de usted buenos amigos que estrechan su mano.

Jacinto Benavente. — Joaquín Dicenta.—Condesa de Pardo Bazán.—Linares Rivas. — Gómez Carrillo. — Cristóbal de Castro.-Pedro de Répide.-José Francés.

La Novela Corta, después de haber rendido un fervoroso homenaje a la pluma esclarecida de los grandes maestros, se complacerá mucho en brindar sus columnas al talento excepcional de algún luchador desconocido, a cuyo efecto, defiriendo al deseo de sus ilustres colaboradores, organizará un CONCURSO, cuyas bases en breve se publicarán.

MURIÓ COMO UN HIDALGO

NOVELA INÉDITA

POR

DIEGO SAN JOSÉ

Al admirable comediante y querido amigo **Francisco Alfonso de Villagómez.**

I

Nada quedaba de la hermosa ciudad, que en no lejanos días fué joya y regalo de la nación entera. Naturales e invasores habían hecho della un informe montón de ruinas, que eran como el escombro de toda su historia.

Unos por conquistarla y otros por defenderla, todos contribuyeron a su derrumbamiento, que lo que el odio extranjero no destruyera, desmenuzábalo la ciudadanía porque no triunfasen leyes nuevas ni extrañas costumbres.

Hálitos de sangre respirábanse por doquier y las turbias

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista son bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

linfas del río corrían silenciosas como si en lugar de agua fuesen lágrimas.

A las veces el cielo complacíase en ser cruel y ordenaba que un día amaneciese con esplendores de estío, y entonces la campiña yerma y sin frutos resaltaba como una laceria resguardada por ricas holandas y las barriadas muertas reflejaban toda su desolación como un cadáver profusamente alumbrado, más presto dolíase Febo de tanta pena y ocultábase entre abigarradas nubes, que dijéranse vellones de odio más bien que promesas de lluvia y prólogo de tormentas.

El dolor hacíase más intenso ante esta hecatombe, porque la ciudad no era nada belicosa, ni pagada de grandes pretensiones para triunfar sobre otras.

Era un pueblo apacible, lleno de mercaderes y gentes pacíficas, incapaces de sustentar en sus manos otras armas que la vara de medir y los útiles propios de cada oficio.

En la parte baja de la urbe, como franjas necesarias y deleitosas, marginaban el suave bullicio del río, que mansamente iba a reclinarse en la mar, molinos harineros y filaturas de paños. Bellos huertos, henchidos de rosas y tulipanes, extendíanse por las afueras hacia la campiña y había (porque todo fuesen brisas de paz) un Monasterio de esposas del Señor, que antes fueron viudas de los hombres y teniendo en las venas fuego de juventud, quisierón apagarlo con duchas de sosiego.

Diz que muchas de las calles llenábanse de pulquérrimas menestralas de todas edades, que en la puerta de sus casas tejían como industriosas arañas complicados encajes e incomprensibles randas que luego eran recreo de la vista, lujo de las damas y admiración de todo el mundo.

Y ahora, tanto bienestar por el odio innato de los hombres entre sí y codicia de un tirano, no era sino alcázar de la muerte y justísimo reflejo de la poquedad humana que, destruída su forma, no es más de cenizas y escombros.

No sé yo a que estas decantadas excelencias del género humano (que no son sinó alabanza necia y presuntuosa de sí mismo) cuando bien demostrado tiene cada día que es harto más cruel y dañino que las bestias más feroces, y es la in-

teugencia su arma más afilada, pues ella le refina las ideas cuando piensa en instrumentos de tortura y destrucción que sean más dolorosos y eficaces que los conocidos.

Mirando todo, escombros y sangre, esta ciudad, que poco antes fué por entero encanto y admiración de propios y extraños, germinaba recio y centellante el odio a la Humanidad, y más a los poderosos que desde el lujo de sus palacios sin malestar ni riesgo disponen o su antojo y regodeo de los destinos del mundo.

Aún los bellos ríos que la circundaban y corrían bulliciosos y limpios como espejos, ahora míseros y encenagados deslizábanse silentes, pareciendo más que cristalina sangre de las altas cumbres, lágrimas salidas de ojos llenos de espanto, de dolor y de odio.

Entre los escasos árboles no silbaban ya las primaverales brisas con la suavidad que solían, sino que un viento seco e impetuoso como resoplidos de la muerte tronchaba las secas ramas y arrastraba las hojas sin savia.

Para más desconsoladora tristeza, cuando llovía, la lluvia no era impetuosa, como si se hubieran abierto las cataratas de las nubes, sino tenaz y menuda.

Las calles solitarias, pocos meses antes limpias como aljófar, eran ahora charcos y cenagales inmundos donde había revueltos en horrible confusión, armas quebradas, caballos muertos y restos humanos.

Un viento frío y sútil como la hoja de una espada, recogía de vez en vez las pútridas emanaciones desta carroña y paseábalos sobre los ámbitos de la ciudad muerta.

En la noche, sobre el lúgubre graznido de las alimañas carnívoras y el monótono murmurar del río, triunfaba la voz melancólica de los centinelas dando el alerta sobre las derruídas murallas y aullido lúgubre de los canes vagabundos.

A grandes trechos veíanse hogueras encendidas, más que para librarse los soldados del frío, para señalar donde estaba asentado el campamento.

Aún las marciales cornetas al saludar al nuevo día y despertar al ejército, no tenían esa algazara marcialidad que suelen, sino que el tañido era callado y como prolongados ayes de dolor.

Era más intensa esta catástrofe, porque siempre la di-

cha ciudad había sido respetada en distintas ocasiones que el enemigo llegó a sus puertas, y se cuenta de una, notable entre todas, que dice tan bien de su municipio, como del vencedor que la cercara.

***

Había sufrido el asedio y llevábale sufriendo ya más de dos meses, con la amenaza de que si en el siguiente día no cediera, sería arrasada a sangre y fuego.

Celebraron consejo los notables de la Villa para decidir el camino que les estuviera mejor, y al fin convinieron que entregarse.

Lo comunicaron al Pueblo que ansioso esperaba agrupado en la Plaza Consistorial, quedó dolorosamente convencido, y una comisión formada por el burgomaestre y los más ancianos, salió a verificar la entrega.

Detrás dellos marchaban unos cuantos mozos portando algunas docenas de limpísimos zuecos.

Bajóse el puente y salieron todos al campo cubierto de enemigas gentes, que esperaban con ansia el instante del saqueo.

Avanzó el cabildo al encuentro del general, que salió a recibirle a la cabeza de su Estado Mayor.

En faz de conquistadores, llena el alma del despotismo que es bien que muestre todo tirano como escudo de su poderío, iban unos, humildes y sumisos caminaban otros, con aquella mansa tristeza peculiar en quien se dispone a someterse al yugo tirano del más fuerte.

Cuando estuvieron a la par los dos grupos, destacóse del que salía de la ciudad el burgomaestre y habló deste modo al caudillo:

—Señor; desde este punto y hora la ciudad entera es vuestra y vuestro y de vuestros soldados es cuanto hay en su recinto, si por acaso tenéis determinado el tomarla en consonancia con la resistencia que hicimos, más si sois generoso con los vencidos (considerando que harta desgracia tienen con su propio vencimiento) y entráis en ella pacíficamente, quisiéramos haceros un ruego.

—¿Y es?—preguntó el general.

—Podéis decir que una niñería—repuso el burgomaestre—que no se mancille nuestra pulquérrima ciudad con el barro de la campiña, para lo cual os rogamos si sois servido, que entréis a tomarla vos con el Estado Mayor, y haciéndonos la merced de calzarse cada uno de vuestras señorías, estos zuecos.

Miráronse asombrados los invasores, y en principio no supieron si echarlo a risa o indignarse, pero el ciudadano continuó:

—Señor; si dudáis por desconfianza, temiendo que esto sea traición, dejándoos a mansalva en la ciudad, bien sabéis que ella queda abierta y por entero al albedrío de vuestros soldados. Lo que os proponemos no es más de un poco de respeto a nuestra más venerada costumbre, que es la limpieza.

Tal efecto hicieron en el invasor estas humildes palabras, que desde luego aceptó para sí y su escolta los pulidos zapatones de madera, que eran como las llaves de la plaza vencida.

Y muy complacidamente entró en ella, quedando tan bien impresionado de su belleza, que desde luego ordenó que no entrase soldado alguno que no fuera prevenido desta suerte, para no dejar ni una mota de barro en el limpio pavimento de sus calles; y al tiempo en que vamos por esta narración, miren qué contraste, que todo es miseria y podredumbre...

II

Yá es noche cerrada.

Há rato que por las calles de la ciudad muerta no se ve alma viviente, y solamente de contadas ventanas de algunas casas, que milagrosamente se mantienen en pie, salen débiles brochazos de luz. ¡Qué dolor estarán alumbrando o qué reconcentrada miseria florecerá su carroña al amparo de la débil llama!

Los soldados invasores han tendido el campamento en la

Plaza Mayor, que es una grande explanada, en el centro de espaciosos soportales.

El bullicio de su algarabía y el resplandor de las hogueras, ciérnese trágicamente en los ámbitos.

Allá en un ángulo quedó intacto un bodegoncillo, y a él acuden como sedientos mosquitos los más aficionados al caldo de cepas.

A toda hora del día y de la noche se ve concurrido, y jamás los escabeles, en torno de las rústicas mesas, vénse huérfanos de gente.

Los que no entretienen el tiempo en la sabrosa charla, empléanlo en la devoción de los entretenimientos de azar, como son los naipes y los dados.

Naipes, cubiletes y fichas, tienen allí su imperio soberano, y sobre sus fueros y derechos, ármanse a las veces más sanadas y zalagardas que en pleno campo guerrero, que allí en un momento dado, en que se advierta que la cosa presenta mal cariz, podrán tornarse los embeses al enemigo y recomendar la vida al brío de los talones, pues al fin servir al Rey es de por fuerza y no se defienden negocios propios, pero en el garito defiéndese cosa tan sagrada como la bolsa, que ya es otro cuento, y no hay quien no se deje achicharrar por ella.

Más importa allá la caída de un rey (si se juega con baraja española) que en la vida el desmoronamiento de un trono.

Y en más se tiene la perdición de una sota que la de una honorable dama, que fué primero toda virtud y recogimiento.

Un as de oros echado a tiempo sobre la mesa, vale más que una onza auténtica y hermosa como un sol.

Las espadillas de papel, cuando ellas están en jaque, se temen y desean más que la misma tizona del Cid y el mandoble del Gran Capitán. Y malos años, y peores días, para aquellas famosas mazas de Hércules, Vargas Machuca y García de Paredes, si es de bastos la pinta, que estos recios e históricos instrumentos de guerra, no serán junto a ellos más que estacas de empalizadas.

Los que ya cansáronse de las empresas de azar, o desde luego prefieren las amenidades de la charla, sacando a re-

lucir antiguos capítulos de sus vidas, ó gustan mejor de merodear por las ajenas, estánse al amor de unos jarrillos de vino haciendo su placer.

***

A este tiempo que vamos holgábanse hasta media docena en escuchar las hazañas de un bravonel, para quien no había más mundo, más Dios ni más Roque, que su propia persona; y en verdad que si fuese desta manera harto ruin sería el mundo, y muy poco digno de respeto el Divino Hacedor.

Más andrajos pendían de su cuerpo que del de un pordiosero.

La cara traíala tan enemiga del buen parecer, que trabajo costaba el adivinar que era de persona; tal habíansela desfigurado costurones y chirlos.

Junto a sus estupendas hazañas, quedábanse en mantillas las de los más famosos capitanes de la Historia, aquellos que fueron en el siglo Alonso Pérez de Guzmán, Ruy Díaz y Bernardo del Carpio.

Cuanto decía jurábalo por su honor, (que parece que fué cosa que no conoció en sus días), y toda sombra de duda pensaba desvanecerla a puros cintarazos.

Con más énfasis y prosopopeya tengo para mí que no habla en el mundo ningún doctor licenciado por la Universidad de París.

Escupía a lo jaque, esto es, por un colmillo, y fumaba tabaco en una pipa de loza.

Cuando para remojarse el garguero, de donde sacaba el cuento de sus hazañas, bebía, obligaba a la moza del figoncillo a que le sirviese el vino nuevo, con la vasija puesta en alto para que hiciese espuma.

Tomaba luego el cubilete de estaño, y poniendo a la par de los ojos, decía:

—Más roja tenía la sangre aquel moro que despaché en Granada. ¡Cuerpo de su padre, y qué ternejal era, el más bravo de todos! Pues con todo y con eso le rebané la cabeza como si fuese un nabo. En fin, bien se está en los Profundos que es tierra de herejes.

Soplaba luego la espuma muy despaciosamente, como si ello fuese cosa de mucho cuidado, sin el cual no aprovechaba a la salud, y trasegaba el vino de un solo trago al estómago, con tal fruición como si fuese la sangre del abencerraje, cuya oración fúnebre acababa de rezar.

A los que había junto a sí, trataba con muestras de superioridad matona, posándoles rudamente la diestra sobre los hombros y vejándoles con decirles que ellos no valían para la tercera parte de lo que él llevaba vivido.

En uno de los ángulos de la mesa escuchaba despectivamente un hombretón recio y que íbase entrando por los cuarenta y cinco años.

Cuando la bravonada era demasiado rotunda, miraba el jaque de muy particular manera y carraspeaba como si algo estorbárale en la garganta.

A dos veces que lo hizo, cayó aquél en la cuenta, y llegósele con muestras de querer guerra.

—Seor compadre—le dijo—, si tiene el pasapán torpe, yo se le arreglaré en un decir Jesús.

El otro continuó en la misma despectiva actitud, como si tal hombre le hablara.

Prosiguió aquél en el prólogo de las ofensas, temblándole las mandíbulas cual si tuviere tercianas, y todos los demás mirando pasivamente el cuadro pensaban que allí iba a tener efecto otro San Quintín, pues que el uno por lo que hablaba y el otro por lo que callaba, no parecían ser nada suaves de alma adentro.

—Déjese el hermano de patrañas y falsos testimonios, que ya sabe que son buen camino para los infiernos—dijo él tranquilo—, y míreme, que no creo que esté tan cambiado como para que se olvide de quien le hizo los jabeques más bonitos que le han puesto la cara hecha un mapa de Tolomeo. ¿Tan quebradizo de memoria está mi señor traganiños, que se le fué della, que esta cuchillada que le va de oreja a oreja, se la marcó muy bien un pilluelo de Rávena, no habrá aún tres años, por querer quitarle *vuecelencia* la mano en cierta bellaquería, que estotra que le va desde la frente a la nariz, pasando con toda holgura por la ceja, hizósela esta espadilla que lleva al cinto (y no me dejará mentir si es honrada), en el puerto de Nápoles, por ciertas bue-

nas ausencias que de mí su Alteza hicísteis, y que esa manquedad que achacais a la jarcia de una nave en Lepanto, no fué sino por obra y gracia de un trato de cuerda que mandó a *vuseñoría*, mandó dar el señor marqués de Pescara, para ver si se le acordaba de ciertas joyas que se le evaporaron de su mesmo aposento... y en fin, de mil cosas más que llama el hombre flor de heroicidades, no siéndolo como lo son si no de bellaquerías?

Tales y tales capítulos notables, hubo de leerle el amigo, que no halló otro medio el bien loado, que sin duda conocía harto los talentos y razones de su apologista, que aprovechar una confusión entre los jugadores, y escurrirse bonitamente.

. . . . . .

Y así como lo advirtió el ilustre y compuesto senado, allí fué el volverse las tornas y quebrarse los respetos, queriendo dar vaya al valentón sobre palabras, pero no hubo lugar, que ya digo que se esfumó lindamente a la primera nube.

Todas las atenciones y cuidados volviéronse al levantador de la caza, atropellándose y apretándose más para oirle echar por tierra la fama y los laureles que el otro se había puesto de por sí, a la manera que en estos tiempos de ahora hacen algunos poetas circunstanciales, que se retratan con corona a la cabeza y llorando de emoción ante la lectura de sus propios renglones cortos, que llaman poesías.

Y el hombre trajo a cuento del otro tales cosas, que no hubo quien no se partiera de risa.

No fué la menor aquella de que caminando solo una noche, por un despoblado, al cruzar unos matorrales, sintióse cogido por la vaina de la espada, y pensándose que allí era escrito el postrero renglón de su vida, comenzó a implorar misericordia y a encomendarse a todos los santos del cielo. Y desta manera, trasudando con paroxismos de agonía, se estuvo hasta el alba en que cobró un poco de ánimo para volver la cabeza, y como vió la verdad, corrióse tanto y con tal ira, que tirando del acero, no dejó una zarza para contarlo, diciendo a cada golpe que descargaba:

—Lo mismo haría si fuéseis los ejércitos del moro Muza.

II

Grande vocerío y revuelo de gente oyóse de pronto, y atronadora confusión alzóse sobre las voces de los devotos de Baco.

Clarines y atambores rasgaron el espacio, y era el ensordecedor estrépito, como terrible grito de venganza.

Cuantos circunstantes habían, pusiéronse en pie, y dispusiéronse a salir en tropel a la plaza.

En esto embocó en la estancia un lansquenete sangrentado; la hoja de la espada que traía en la diestra estaba partida por más de la mitad.

De su boca, entre juramentos y blasfemias, salieron en limpio estas razones, que continuaron de inflamar los ánimos crueles de la soldadesca:

—¡Maldición! Los villanos que huyeron hacia el monte el día del asalto y toma de la ciudad, se han repuesto solapadamente y sorprendiendo las avanzadas, han entrado de nuevo en la plaza. ¡Amigos, vàmos por ellos!

Y flameando su tizona truncada, salió de la tabernilla como un demonio.

Presto el figón quedó desalojado, que todos se dispusieron a su oficio, y a fe que la díscola deidad que llaman Marte, quedaría más que satisfecha de su omnímodo poder, pues que no había espacio de terreno en el que no hubiera un charco de sangre.

Aunque en principio fué grande la sarracina que los naturales hicieron entre los desprevenidos soldados, y fueron muchos los que pusieron la salvación en la huída, apenas repusiéronse de la sorpresa, cambiáronse las tornas, y aquellos infelices llenos de amor patrio, pagaron a muy buen precio la intentona.

El general mandó echar un bando, por el que mandaba que no se diese cuartel a nadie, y lo poco que restaba de la ciudad, fué bárbaramente entregado al saqueo, dejando todo el botín para las huestes.

No hay pluma bastante firme para pintar tanto horror.

Las esposas y las hijas eran arrebatadas de los brazos de padres y maridos y en su misma presencia hacíanles pasto de la lujuria, y luego en informes montones, todos juntos eran arrojados a la muerte.

No había forma de creer que hubiese un Dios en los cielos que mirase impasible tanto horror...

Ni aun el sagrado de los templos era respetado.

Desalojábanse las iglesias, haciendo en los atrios inmenso montón en los que imágenes y muebles yacían confundidos, haciendo luego con todo inmensas hogueras, que malos años para todos los braseros inquisitoriales, cuyas alborotadas llamas parecían subir al cielo en petición de venganza y castigo.

Los vasos sagrados y joyas del culto, sirvieron para las orgías de la soldadesca, y luego de ello, machacados y convertidos en moneda convencional, con lo que se consolaban un poco de los enormes retrasos recibidos en las pagas, que siempre fué por el entonces muy corriente mandar millones de hombres a conquistar reinos para las coronas, sin que éstas preocupáranse grandemente en sostenerlos. Por esto autorizaban el saqueo, que era el regalo y codicia del soldado.

Los enfermos de los hospitales eran muertos en sus camas, y a los que moribundos estaban, acelerábaseles el paso, para que no diesen que hacer.

Mujer hallada en la calle, era muerta en el acto como un perro rabioso, y casi con mayor saña que a los hombres perseguíase a las mujeres, porque tenía por cierto que ellas eran las instigadoras de aquel aletazo de virilidad que el pueblo moribundo, todo escombros y horrores, y era de ver con qué valor y grandeza de alma entregábanse a la ferocidad de sus soldados.

***

Cuando fué noche tornó el ejército a la molicie que había cuando el intento de rescate.

Las hogueras rompieron nuevamente las tinieblas. y las

voces descompuestas, unas veces formando juramentos y canciones otras, tornaron a ser señoras del eco.

El figoncillo llenóse nuevamente, y en cada grupo encendióse su devoción; en unos, los naipes y los dados, en otros la charla y el bullicio.

Aquel bravucón que tan sosegadamente apagara los embusteros desplantes del otro, glosándoselos muy a su pesar, era entonces, reverenciado por todos.

Esto si que debíase a la ruda manera que defendió en el desmán, los fueros de los vencedores.

Diz que su recia tizona cansóse de hundirse en los cuerpos hasta los gavilanes, y que hendió cabezas hasta los mismos hombros, por obra y gracia de furibundos tajos, que eran otros tantos pasaportes gratuítos para la otra vida, refrendados de vez en cuando por un certero golpe de daga asestado en el corazón.

Llamábanle todos el *Cruzado*, haciendo alusión a una extensa cicatriz que hendíale un carrillo (que en conciencia nada teníale que echar en cara al otro pobrete).

Era hombre como de cuarenta a cuarenta y cinco años, la estatura teníala extremada, y la complexión recia y fornida, que en no pocas ocasiones él sólo transportó de un lado a otro una culebrina.

La mirada un más que atravesada, pues que miraba de través, quiero decir, que era vizco.

Unas luengas barbas bermejas, encuadrábanle espesamente el mal aderezado rostro, y por acompañar con toda dignidad tan poco recomendable persona, tenía una voz bronca, que más que voz humana, semejaba el prólogo de una tempestad.

Un voto bien jurado de aquel hombre, ya puede decirse que valía por toda la iracundia de una legión de tudescos.

A ciencia cierta, nadie sabía cuál era su patria.

Todos querían festejarle, porque llegada la hora de repartirse el botín, siempre cedía su parte en beneficio de los demás, pues no era nada ambicioso, contentándose sólo con lo preciso.

jamás fué de los que llevaron la voz cantante si se ofreció protestar del olvido pecuniario en que el Rey les tenía.

Si hizo causa común alguna vez, no era por otra cosa,

que por no desentonar en los pareceres y aspiraciones de sus compañeros.

En la zalagarda de aquel día, parece que consiguió dar caza y muerte a un notable de la ciudad vencida, que llevaba al cuello una gruesa cadena de oro con más de tres vueltas.

Luego de que el hombre cayó sin alma, merced a un furibundo tajo que le libró de la pesada carga del vivir, asió de la joya y la llevó consigo; más por muy poco espacio fué en su poder, que así como se halló con los camaradas repartida eslabón por eslabón quedándose no más de con uno, cuyo valor no tardaría en gastarse en el figón.

—Decidnos seor *Cruzado*—habló uno—; de cuantas tierras anduvísteis, ¿cuál os fué más propicia?

A lo que respondió el preguntado con muestras de muy grande despreocupación:

—Si vale decir verdad, tanto se me dá de una como de otra. Para mí todas son lo mismo, y como en ninguna vivo en paz, en todas se me dá bien.

—Pero en alguna hallaríais más motivos de predilección, algún amorcillo pasajero...

—¡Ta, ta!—replicó—déjenme a mí de sutilezas de barbilindo, el amor como quieren encajármele, jamás pasó por mi puerta, siempre tomé a su merced como necesidad, pero jamás como pasión. En esto, hago como dijo el otro, carraspeo en casa y escupo en la calle.

Todos rieron, porque ya conocían que era cierto no ser hombre para detenerse en madrigales y finezas, que si se le ofrecían bascas de mujer, en hallándola y haciendo sobre ella aquella que natura le pedía, ya lo demás sobrábale del todo.

***

De palabra en palabra y de trago en trago se llevó la charla por las veredas de las confidencias, y como es muy cierto que no hay tan gentil desatador de las lenguas como el vino, aconteció que el *Cruzado* atanaceda por la curiosidad de todos que parecíanse por conocer su vida y milagros, dióles muy bien por el gusto hablando desta manera,

IV

«Apenas si sabré deciros donde vine al mundo ni es cosa que se me importó mucho ni estimo que haga al caso. Creo que fué en España, en un aldehuela cercana a Toledo. Mi madre vivía a la aventura, sin trabas ni imposiciones de nadie, dicen que era bella y un tanto fácil de entrepierna, y desto nací yo, sin que pudiera echar sobre nadie la mitad de su carga.

»¿Por acaso cuando pasamos alguna vez por un zarzal, y se nos clava una espina, parámonos a mirar cuál fué de entretantos millares?

»Yo no sé las tierras extranjeras que anduve pegado a las faldas de su merced, sufriendo hambres, fríos y malos tratos de cuantas gentes andaban a la vera della.

»Casi todos comenzaban festejándome por aquello de que al santo se le ha de adorar por la peana, y en logrando lo que apetecían, se acumulaban sobre mi desmedrado cuerpo los golpes y torniscones, como las ranas en los charcos.

»Al fin, un día, en Roma, teniendo ya casi diez años, cierto mulatazo que por entonces era el arraez de mi madre, maltratóme más de lo justo, y asiendo yo de una pesada piedra, encajésela tan bien en los cascos, que fué a querellarse al Padre Eterno.

»Como ya tenía descernimiento bastante para comprender el mal entuerto que había hecho, puse tierra de por medio, y de allí adelante no volví a saber de mi madre.

»Imposible tener en la memoria las jornadas míseras y prósperas que corrí en cinco años, porque fuí de todo.

»En Florencia, paje de un judío que me mataba de hambre, pero una noche topele una arquilla de joyas, y dando a correr no la solté de conmigo, hasta que la fundí en doblas de oro, y la perdí sobre cuerpos de buenas mozas.

»Otra temporada, cuando vime en el desamparo del cielo fíeme a la ventura de la mar, quiero decir que me hice corsario con un patrón calabrés, pero una mala noche se

nos echó encima sin decir ¡agua va! una nave francesa, y luego de batanearnos muy a placer, doblarnos la estatura a puros tirones de torno, y quitarnos los callos a fuerza de cuñas, nos tuvo por más de dos años bogando sin sueldo. Mas una noche en las costas de España, preparamos los galeotes tan lindamente la revancha que sorprendimos a la tripulación y tomamos el mando de la nave.»

«Acuérdaseme que fué en la costa valenciana.

»Por más de dos meses anduvimos merodeando por el golfo de Valencia hasta las maravillosas playas de Mallorca, y llegamos a hacer muy buenos alijos.

»En el tiempo que yo estuve dimos por nuestra una galeaza veneciana, que venía desde las playas de Cartagena, llevando a bordo un notable de aquella república, una goleta corsa muy bien aprovisionada de naranja y cáñamo (que vendimos a un navío britano), y una nao portuguesa llena de ricos presentes que los levantiscos de aquel reino mandaban al prior de Crato, que desde París ayudaba a la rebelión contra España.

»De todo esto correspondíame un buen por qué, que nunca llegaba la hora de repartirme, sin duda mirando a que yo era muchacho sin pelo de barba, y lo mismo daba quedar bien o mal conmigo.

»Eso sí, no dejaban de mandarme ni yo de huir el hombro al trabajo, que bien puedo decir que hacía como el que más.

»Un día, llegando a una isleta cercana de la playa, estando yo liando unas cuerdas pasó junto a mí el que hacía de arraez, y sin más ni más me asentó el corvacho de lleno en las espaldas. No lo hizo más ni a mí ni a nadie, porque le tomé de la cruz de los calzones y le arrojé por la borda. Echéme yo tras él, porque si no allí fueran acabados mis días, y como era buen nadador, en pocas brazadas llegué a la playa.

***

»En cuanto pisé tierra firme quise campar por mis respetos y sin la sombra de nadie.

»Ya tendría yo entonces mis buenos diez y seis años, y

por la reciedumbre del cuerpo y rudeza de las maneras representaba cinco más, cuando poco.

»Supe como había un capitán haciendo leva para Italia, y como no tenía cosa mejor en que emplearme, busquéle y díjele que me hiciese merced de alistarme en ella.

»No fueron menester más requisitos, que ningunos son precisos para engrosar las filas del Rey, y desde aquel mismo instante quedé bajo las banderas de Felipe II de Austria.

»No tardé en hacer amigos merced a mi enjundia, buenas artes para el merodeo y no muy buenas tripas para sufrir ancas y tutorías.

»Para mí del capitán abajo no había autoridad ni respeto, que a todos medíalos con el rasero de mi conveniencia y parecer, y esto fué desde el momento en que pagué cumplidamente el derecho de novatada, del que nadie se libra entre nosotros como bien sabéis y fué desta suerte.»

V

«Hasta entonces casi tuvieron importancia los pujos de novatada.

»No eran cosa para que un espíritu como el mío hecho a grandes incomodidades, tomara enojo por tan poca cosa.

»Así es que entre otras muchas tropelías pasé por alto el meterme confiadamente en el camastro pensando que me entraba con toda placidez entre las ásperas sábanas, que la arpillera parecía harto más suave y zambullirme en un lebrillo de agua serena; el hallarme a media noche en el suelo cuando estaba en lo mejor del sueño, por obra y gracia de una cuerda sujeta a una de las patas del tabanque y esgrimida por una mano mal intencionada.

»Ni siquiera vale el honor de mencionarse el fingir una llamada urgente y al ir a tomar el farol asarme la mano con las candentes asas.

»Pero he aquí que una noche desapacible, de las frías de enero, desas que parece que la intensa claridad de la luna

hace más glaciales, comenzaron a llamarme con grandes extremos de desesperación y congoja diciendo que nos abrasábamos vivos. Ante el estruendo y gritería desperté sobresaltado y sin conciencia completa de lo que pudiera ocurrir. Dijéronme que era preciso saltar por una ventana a salvar de una estancia inmediata, no sé que enseña famosa de la compañía, y que era absolutamente preciso que fuese yo quien llevase a cabo tal servicio por ser el primero que se me ofrecía hacer a la Patria. Unos eran a rogarme y los más a mandarme. Yo estuve a punto de echarlo todo a rodar; pero no sé que me dió en la nariz de que aquello no era más de broma pesaba a mi costa y como ya dije que yo tengo un gran desprecio de la vida, quise llevarla adelante, pero en forma de que alguno le pesase más que a mí.

»Miré la ventana por donde había que saltar a la estancia frontera, y ví que estaba a más de veinte pies del suelo. No me arredré y mandé que pusiesen una tabla, pues que decían bien que aquel acto nadie más que yo habría de llevarle a hecho.

»Tomaron un tabloncillo no muy ancho que había en la habitación y colocáronle apoyado en los poyetes de entrambas ventanas. Ya que ví que estaba puesto y todos rodeábanme, fingiendo muy grande emoción, pero con el alma llena de risa, de un salto subíme al alfeizar, y el primer cuidado que tomé fué el de medir con una rápida ojeada la distancia que tenía que salvar. Ví que no era obra de más de cinco pies, y que el único peligro que era el de la altura no existía para mí, pues que había hasta costumbre de andar por cercas y por aleros, en mis correrías no nada piadosas ni recomendables.

»Volví la vista a todos, y haciendo gala de mis buenas fuerzas, así por las trabas del coleto de ante al primero que se me ofrecía y sospechaba que era el inventor de la broma, y alzándole como un fardo, subíle entre la admiración de todos los demás.

»Una vez con él, salíme fuera y comencé a andar por el estrechísimo tablero, que era más feble que un palaciego, y no asentaba con mucha firmeza en ninguna de las dos partes que le valían de apoyo.

»Dábanme los otros voces de que tornara sobre mis pa-

sos, viendo el peligro en que se hallaba el amigo; pero yo seguía adelante sin oirles más que si cantaran abubillas y con tanta firmeza y desaprensión como pudiera por los sólidos guijos de un camino.

»Cuando estaba en el medio (sin ser bastante a hacerme vacilar las muchas e inútiles contorsiones que hacía para asirse a mí) sentéle en el madero y le dije que me esperase a tornar con las banderas.

»Llegué en efecto a la otra parte.

»El compadre, muerto de miedo asíase al tablón como un náufrago. Abajo reposaban cenagosas y tranquilas las aguas del foso, que por el tiempo que llevaban estancadas eran pestilencia de la salud y ofensa de los sentidos.

»Así como pisé el alfeizar de la otra ventana, encareme con el camarada y le dije que había pensado que en lo que yo buscase la bandera, bajase él por agua al foso, pues el fuego parecía imponente, y asiendo del cabo del tablero, transtroquele, con lo que el hombrecillo dió como un sapo en medio de la cenagosa charca.

»Un grito de horror salió de las gargantas de otros burladores; pero yo los consolé con decirles que tenía buen tino y aquéllo no era más de un baño del que se curaría presto como no tardaran en bajar por él.

»Y siguiéronme el consejo.

»Vueltos que fueron con el bañado, el cual tardó casi un mes en reponerse del susto y secarse la mojadura, ya me miraron con más respeto y consideración de la que hasta entonces lo habían hecho, y dándome parabién por las agallas que mostraba, siendo bisoño como lo era, admitiéronme por veterano de allí adelante.»

VI

«Celebrada fué la crónica del lance y en honor della se bebieron dos jarras de lo de España, que caldeó los ánimos más de lo que estaban y dispuso para continuar la devoción a las hazañas de *El Cruzado*.

Así como él bebió muy a su gusto y con el revés de la manga secóse los labios, prosiguió aguijado por la curiosidad del escogido auditorio.»

***

«Tornó por el entonces de Flandes, el Duque de Alba, que apenas si en toda aquella tierra había dejado espacio en que no hubiera un cuajarón de sangre y pasó a sucederle en su gobierno, un hombre que por su blandura y humanidad entiendo que valía poco para las jornadas de la guerra.

»Decíanle don Luis de Requesens, comendador de Castilla, antiguo embajador en Roma y lugarteniente de don Juan de Austria, en la mar.

»A mi regimiento tocóle marchar a Flandes con el nuevo gobernador, y allá fuimos todos con el mejor empeño de hacer fortuna; pero, sí, sí, ¿quién medrará en la guerra que es cosa de rapiña con un hombre que más valía para acarrear almas al trono de Dios, que para dominar rebeldes?

»Nosotros, que como sabéis somos impulsivos y arrebatados, y que tierra que pisamos la entendemos como cosa propia, vímonos allí reducidos a la más ejemplar mansedumbre, que a lo menos estas expansiones de rapiña y merodeo consolábannos un tanto del atraso y malas artes en recibir las pagas.

»Más de seis meses llevábamos sin saber qué color tenía la moneda de Su Majestad, ni esperanzas había de que pudiéramos saberlo en el transcurso de otros tantos.

»Aun los otros cuerpos no estaban tan oprimidos, que antes se miró a sustentarles a ellos por ser los primeros de que disponíase para entrar en batalla, y sobre todo, por estar compuestos de alemanes y suizos, que siempre fueron fornaleros de la guerra.

»Los de los tercios viejos y caballería de España éramos quienes sufríamos la vigilia, pero era preciso aguantar.

»La sombra del Duque de Alba, gran tirano de los naturales y amparador del ejército, estaba siempre con nosotros, y cada vez que en la ciudad de Amberes pasábamos

ante su efigie, que levantábase en la Plaza Mayor, bajábamos los chapeos hasta los pies.

»Pero aun esta pleitesía nos duró poco, porque el señor don Luis, no sé yo si por halago a los del país o por rencor a su excelencia, hizo quitar el monumento, que si vale decir verdad resultaba un padrón de ignominia para la ciudad de Amberes.

»Más llegónos el caso de que, como estábamos tan harfos de disciplina y tan hambrientos de soldada que ni aun de lo más preciso podíamos remediarnos, luego de un gran triunfo que hubimos en Maestricht, amotinámonos muy bien en reclamación de los atrasos.

»Y aun si hubiera justicia entre los nuestros, esto habían de agradecernos, que los soldados y hombres de armas de otras partes han la costumbre de pedir sus emolumentos antes de entrar en batalla y nosotros no, sino cuando todo es hecho y estuvieron nuestras vidas a las puertas de la muerte.»

Un murmullo de aprobación, salido de cuantos escuchaban, cortó el cronicón de *El Cruzado*, que a lo que parece había puesto, como dicen, el dedo en la llaga.

Ello fué pretexto para que tomase aliento.

Echó un trago de la jarrilla que había junto, y luego de carraspear estruendosamente, prosiguió desta suerte los capítulos de su vida:

***

«Por entonces pensó el gobernador que mientras España no tuviese en aquellas provincias superioridad naval, no sería posible hacer cosa de provecho para llegar al buen fin de la guerra y determinó, pues, emprender la conquista de algunas islas de Zelanda.

»Ardua y no nada fácil era tamaña empresa, porque no sé si sabréis que las poblaciones zelandesas que están en aguas del Mosa y el Escalda, son continuamente invadidas po las mareas del Océano, que se mezclan y confunden con las de los dichos ríos.

»Construyéronse en Amberes treinta galeras y muchos

pontones y barcas de remos, y proveyéronse muy bien de artillería.

»Los más notables capitanes pusiéronse al frente, y al fin partimos de Amberes, obra de tres mil soldados de infantería, doscientos gastadores y cuatro compañías de caballos.

»El 28 de septiembre de 1575 llegamos al canal que separa la isla Philipsland; dióse orden de que los españoles vadeásemos aquel brazo de mar, y fueran los gastadores a retaguardia.

»La cosa no era fácil, y para pensar que luego della tornáramos a vernos si no fuese en el valle de Josefat, pero dió el ejemplo nuestro capitán Juan Osorio de Ulloa, marchando el primero; con cuyo arrojo diónos tantos ánimos que todos echamos tras él como corderos.

»Fuimos primeramente en barquillas, y así como llegamos a la punta de la isla, a pie por entre agua y lodo medio desnudos, llevando las espadas, picas y arcabuces levantados en alto.

»Cerca de la garganta llegábamos, el agua y el cieno nos aprisionaba tenazmente los pies como si fuesen grillos, a tiempo de pasar a tiro de arcabuz entre dos filas de navíos contrarios.

»Aquellas ¡voto a Dios! eran pesadumbres y batallas, y no aquestas de ahora, que con descabezar cuatro viejos, despanzurrar un centenar de muchachos y srgepiarv cuatro mozas, se da un hombre por más grande que el Gran Capitán.

»Cómo sería aquello que los mismos enemigos que nos abrasaban desde las naves, maravillábanse y nos decían:

»—¿Dónde vais a malventurados que os hacen ir como perros de aguas y hacer de vuestros cuerpos trincheras y cestones? Pero esto no impediales descargar sobre nosotros y echarnos palos con cadenas y garfios para pescarnos como atunes, amarrando a las naves al infeliz que cogían.

»Con una mortandad horrible, tanto que de los doscientos gastadores no quedaron más de diez, logramos arrivar al dique donde nos esperaban nuevos peligros.

»Allá estaba para hacernos los honores un ejército bien pertrechado y ansioso de exterminio.

»Viendo que la huída era imposible de todo punto, y antes por ley de conservación que por arrojo, pues que más escape no había que pasar sobre ellos como una tromba de muerte, determinamos que cada uno de nosotros costase diez de ellos.

»El capitán Juan de Ulloa, invocando al apóstol Santiago, hízonos atacar con tan sobrehumano ímpetu, que espantados los rebeldes, pensando que más que hombres veníamos encima todas las furias del infierno, abandonaron las posiciones, yéndose a refugiar en los fuertes inmediatos.

»Tras nosotros venía la armada de don Sancho Dávila, y ya con este auxilio fué como coser y cantar, pues que uno por uno y casi con sosiego, tomamos los seis fuertes que aquellos cobardes revoltosos tenían en la isla que dicen de Duiveland...

»Yo hice lo mío, no penséis que estuve manco ni ciego, que vida que yo ponía ante el cañón de mi arcabuz, presto iba a hacerle una visita al Padre Eterno...»

***

Por estos derroteros de la crónica de su vida iba el bueno de *El Cruzado* con mucha satisfacción y contentamiento de cuantos le oían, cuando un nuevo alboroto vino a sacarle bruscamente de los campos del padre Mariana.

Todos a igual tiempo volvieron la cabeza.

Los que en otras mesas se empleaban en el noble entretenimiento del naipe y el dado, dejaron igualmente su menester.

En la puerta de la tahurfería sintióse un lamentable estruendo de sollozos y por vidas, tal era que aunque todos estaban para pocas atenciones con el prójimo, que allí no había más mundo que las mesas, ni más humanidad de los que en torno dellas se sentaban, luego suspendieron la labor y echaron los ojos hacia donde venía el escándalo.

En el quicio aparecían revueltos como grupo de trascoro un hombre y una mujer.

Ella, toda llorosa y desmelenada, asíase como hiedra a las piernas de él.

Hermosa era la moza y rubia como trigal castellano por el Agosto.

—Ahí va esa alhaja para quien guste della. A mí ya me adornó, aunque a su pesar, desde lo alto de la gola, como toisón hasta los pies como hebilla—dijo el hombre—, y luego dióle tan recio empellón con la fornida pierna, que sin fuerza para sufrirlo, dió la triste con su preciosa humanidad cuán larga era sobre los picudos guijos del aposento.

—¿Dónde la hallástedes? ¡Cuerpo de Dios que es de lo fino!—dijo uno llegándose a contemplarla lascivamente curioso.

A lo que respondió el preguntado:

—Es porción de mi botín. Allá en aquella parte de la ciudad que sale al río, estaba su merced como una perla solitaria. Sobre las ruinas de su casa y en un aposento que fué todo lo que quedara en pie del edificio, empleábase en atender a un moribundo, que decía que era su padre. Yo viendo que tan gentil pucela no era apropósito para desbabar viejos, sino antes para acariciar jóvenes, despené al hombre de un pistoletazo, con lo que entiendo que más hícele favor que agravio, y tirándole de la cama en ella misma inicié a esta desagradecida en la gracia de Dios, y en pago, ved cuán enemiga del bien parecer me ha puesto la cara—y mostrábala muy bien paseada con los filos de las uñas.

Y continuó:

—Como yo soy buen cristiano y cumplo aquello que manda el Evangelio y es, dejar para mi prójimo aquello que para mí desee, aquí os la traigo para que os refociléis con ella. ¿Oyes princesa? Con aquél que te dé un beso primero, harás lo que mal de tu agrado has hecho conmigo.

No bien cayeran estas palabras en las regiones del eco y ya media docena de los más próximos estaban a par de la buena moza; pero grande fué la sorpresa de todos al hallarse en lugar de la codiciada promesa de su carne, la forzuda mole del *Cruzado*, que teniéndoles a raya rugió más que dijo desta suerte:

—Ténganse allá, ¡cuerpo de Cristo! Y si hay alguno que no, luego de muy buena voluntad, le enseñaré el camino de la mesura.

—Y ¿con qué bula se mete voacé en sitio donde no le llaman?—preguntó hoscamente el que con tanta bellaquería sacudióse a la infelice dolorida.

A que respondió el aventurero, metido a hidalgo:

—Con aquella misma que me extendieron al ser español. Mire vuesamerced si es bastante y si tiene algún reparo que ponerle, que aquí se verá si se admite o no.

A todo esto, la desdichada que advirtió que había un alma generosa que abogaba por ella, asíase a las piernas de *El Cruzado*, como un náufrago a una tabla salvadora y derretíase en puras lágrimas.

Quiso el bellaco deshonrador traerla para sí, y mirando que no podía ser sin quitar de enmedio a quien amparábala con tanto denuedo, metió mano a la daga y asestóle tan furibundo golpe de arriba abajo, que de no haberle pasado la capa, que como la de San Martín quedó partida en dos, allí mismo fuera el fin del valiente, aunque por su mala ventura, no fué cosa que se hiciera esperar mucho espacio.

Avalanzóse *El Cruzado* hacia el ruín, y atarazándole por la misma mano que intentó ser vengadora, con tan furibunda saña y hercúlea fuerza, que retorciéndola cual paño mojado, dejóle partido el brazo por el codo, que chirrió terriblemente como tablilla resquebrajada.

Un ay terrible atronó los ámbitos de la estancia y el bellaco cayó sin sentido sobre el duro suelo.

Un murmullo de protesta nació en todas las bocas contra *El Cruzado*.

Al fin y al cabo eran hombres que vivían del daño del prójimo, y no miraban bien que un camarada se les pasara a la otra banda.

Muchas manos buscaron el lugar de la espada, y aun algunas llegaron a levantarlas vengativas sobre la cabeza del valiente.

Otras garras, conociendo sus dueños que ya no había remedio para el daño causado, miraban a tirar de la moza, pero a todo estaba pronta la diligencia de *El Cruzado*, y desenvainando su tizona que en lo doble y pesada recordaba con mucha ventaja a la del Cid, con media docena de mandobles bien tirados, mantúvoles a todos a raya, y a uno que quiso mostrar más fueros que nadie y vengar el entuer-

to hecho al que vuelto en sí de puros dolores se revolcaba en el suelo, dióle tal cuchillada en el rostro, que a cercén le rebanó la una oreja.

—Pasó—rugió más que dijo, blandiendo el mortífero hierro.

Hiciéronle lugar, para que pasara con tan preciosa carga de carne...; cruzó entre todos con la muchacha desmayada, y era entonces su figura hidalgamente grandiosa y bella.

***

Así como traspuso el umbral y dió en la calle, apresuráronse unos a socorrer a los heridos, otros a preparar la revancha, y algunos, los menos, a loar y comentar la jornada.

El hostelero, lamentábase de que tales desmanes ocurrieran en su casa, porque habría de traerle la ruina, como llegara a oídos de los generales, y todo terminaría con cerrarle la tienda y mandarle a remar sin sueldo.

Nadie hacíale caso ni paraba en sus lamentaciones. En aquel mismo punto y hora levantóse tal remolino sobre de qué parte estuvo la razón, que sólo la inesperada presencia de un alférez, impidió que finara la jornada como había comenzado.

VII

Durante los días de paz que sucedieron a aquel sobrehumano levantamiento del pueblo contra sus invasores, y terrible castigo dado por las huestes del Rey Filipo, no más de en las horas de servicio vióse aparecer a *El Cruzado* entre sus camaradas.

Y cuando este momento llegaba no era para mostrarse nada expansivo con ellos como antes solía, aunque bien es decir que tan poco los tales gustaban de su presencia ni eran gustosos de su charla, crónica y comentario de notables y entretenidas aventuras.

Lo hecho con el camarada que perdió a la moza, y que-

ría luego cederla en usufructo a todos los demás, como buen prójimo, pareció muy mal, y aun hubo una camarilla que juró tomar venganza cruenta.

Así en el cuerpo de guardia, en el campo como en el bodegoncillo de la plaza donde el lance acaeció, era el tema obligado de toda parleta en cuanto reuníanse más de dos hombres.

En tanto el estropeado, lenta y dolorosamente convalecía de su brazo, que ya en todos los días de su vida tornara a ser lo que había sido hasta el punto y hora de aquella tarde desdichada.

***

El Cruzado tomó a su cargo desde aquel mismo instante la salvaguardia de la lindísima huérfana.

Fué el primero cuidado que tuvo al salir del bodegón, llevarla a su tienda y cuidarla con el amor que pudiera su padre, hasta hacerla volver a la vida, que en verdad que parecía muerta, según la inmovilidad absoluta del cuerpo y la intensa palidez del rostro.

Acomodóla sobre su mismo lecho que era harto incómodo y mezquino y rociándola con agua y vinagre, consiguió al cabo que abriera los ojos.

Espantóse mucho, cuando vióse en tal sitio y al lado de un hombre al que no recordaba; desde luego temía que hiciera con ella lo mismo que aquel rufián había hecho. Así que en tono tan suplicante y patético como hubo de tener la madre de Cristo al pie de la Cruz, imploró misericordia y respeto.

El Cruzado con la voz más suave y blanda que pudo aderezar en su garganta de hierro, hablóla desta manera:

—No temáis, madamita, que aquí no os espera ninguna mala ventura, sino la escasa comodidad que puede disfrutarse en todo campamento, y en la tienda de un soldado que por la primera vez de su vida ha querido ser un hombre de bien. Descansad ahora, que en siendo día ya procuraré vuestro alojamiento en parte segura.

La infelice niña conoció que aquellas palabras eran sinceras, salidas de un alma buena, más viniéronle en recor-

dación las desdichas pasadas, junto con la mala muerte de su padre. Y comenzó un tan dolorido y tierno llanto que aun los ojos de *El Cruzado*, que jamás habían sentido la humedad de las lágrimas, se arrasaron dellas:

—¡Ay padre de mi alma!—decía la dolorida—mi casa y mi patria, que ya no seréis más mis amores en este mundo. Yo quiero fenecer como vosotros siquier no haya una tierra que me cubra, ni unos ojos que me lloren. ¿Para qué la vida sin vosotros y con la honra perdida? Buen hombre a cuyo amparo he venido, si en todo sois bueno y generoso como hasta aquí habéis mostrado, acabad siendo caritativo, arrancándome el alma con esa espada que lleváis al cinto.

Y sus manos, como dos azucenas retorcíanse hacia *El Cruzado*, pidiéndole la muerte como la merced más grande.

Este procuraba tranquilizarla.

—Reposad ahora sin miedo alguno y de la muerte no se hable, que tiene muy mala cara, peor que la mía y no es bien que sea honrada por una boca tan linda como la vuestra. En amaneciendo, iremos a donde estuvo vuestra casa, y se hará por vuestro padre lo poco que cristianamente sea posible, y aún queda a mi cargo el loar su memoria con honras funerales, si hay quien las haga, que ya veis que no está mucho la ciudad para tales niñerías, pues a este tiempo no sé si alguna iglesia quedará sàna.

Los ojos divinos de la muchacha, que eran negros como las penas que lloraba, posáronse en los de *El Cruzado* con muestras de un dolor muy grande y un agradecimiento infinito.

—Dormid ahora que bien lo habéis menester, y no os preocupéis de otra casa—continuó el soldado.

Y él mismo acomodó a la dolorida, echándole sobre el aterido cuerpo el recio tabardo, que era la única prenda de abrigo que había en la estancia, y él mal acomodado entre dos escabeles, dispúsose a pasar lo que de la noche restaba.

Un farolillo de aceite, pendiente del techo, pretendía alumbrar, sin conseguirlo, la breve estancia de lienzo.

La poca luz que emergía de su oscilante llama, venía a reflejarse de lleno en el espléndido rostro de la infelice.

Por un buen espacio estúvole contemplando *El Cruzado*, y sin duda de ninguna especie, que por su pensamiento cruzaron ideas que jamás habían visitado aquellos enmarañados aposentos.

En otras ocasiones comportárase de muy otra manera, que no acusaba ni a cien leguas ser nacidas en un alma caballeresca.

En aquellas mismas tierras no había mucho en el memorable sitio de Amberes; entró a saco en una casa donde hallóse con una hermosa mujer, velando a su marido enfermo. El soldado que ya había tiempo que sufría lanzadas lujuria, llegósela como a plaza conquistada, sin atender el llanto de ella, ni los denuestos y protestas del impedido... Hizo lo que se proponía y era su deseo y luego por más vejar a entrambos, tiróles unos reales de plata.

Ahora ante la muchacha dormida, estaba como un devoto ante una imagen, y a fe que si alguno se hubiera atrevido a interrumpirla el descanso, que no lo hubiera pasado nada bien.

***

Los primeros bostezos del alba rompieron el luto de las tinieblas, y como si a imperioso mandato estuvieren sujetos los destinos del día, a este tiempo abriéronse los ojos de la hermosa desvalida.

Muy cortés dióla *El Cruzado* los buenos días.

—Ahora—prosiguió—vayamos a hacer lo menos que puede hacerse por vuestro padre, que es darle sepultura.

Y asiéndola de la mano salieron fuera de la tienda y encaminándose hacia las ruinas que eran en la misma ribera del río.

A la vista de la casa derrumbada, donde se meciera su cuna, tornó a recrudecerse el dolor de la muchacha, y aun más cuando vió el cuerpo ensangrentado de su padre, con quien la Providencia que tan cumplida fué, le dejó lugar para ser testigo de su deshonra, pero no para vengarla.

Solo *El Cruzado* tomó el piadoso menester de dar tierra al cuerpo muerto, abriendo una fosa, en un pequeño es-

pacio de terreno, todo cubierto de flores marchitas y hojas secas, porque fué jardín en días mas venturosos.

—Ahora, hija mía—dijo el soldadote con voz un poco tomada por la emoción y que en vano pugnaba por hacer segura—quedáis en el mundo sin más amparo que el de Dios, y no pienso que sea mucho, pues como está tan alto, apenas llegan a él las penas de las criaturas. Mientras por aquí estemos nosotros, haced cuenta de que nada habéis menester, pues que yo os protejeré con mis brazos y mi buena voluntad, queriéndoos como a hija, pero, ¿qué será cuando yo falte y ello puede ser el día menos pensado? Pues que ya en esta tierra no os quedan más que dolorosos recuerdos, mirad si es bien que os lleve conmigo hasta hallar un Monasterio de religiosas pobres, donde quedéis recogida por el pronto, que aún sois flor muy temprana para que os den de lleno los aires del mundo. Decidme vuestro nombre, porque sepa llamaros de alguna manera.

Respondió la triste, que se llamaba Matilde.

—En tanto que estemos aquí, yo os pondré en lugar seguro, y llevóla a casa de un viejo pescador que vivía en la ribera.

***

De allí adelante no faltaba a verla un solo día, cuando ya rondaban las tinieblas, y por un buen espacio entreteníase con ella.

Parece, aunque jamás *El Cruzado* soltó prenda de ello, que allá en sus años pasados tuvo cierta aventura extraña en una ciudad española, y fué que paseando una noche a la luz de la luna, llegósele una mujer tapada, y le preguntó:

—¿Sois vos el que espera?

El, por ver en qué paraba aquéllo, que siempre lo desconocido atrájole como poderoso imán, respondió:

—Sí, señora, yo soy el que espero, y a fe que ya me iba impacientando.

—Pues tomad, y Dios nos proteja a todos, a ella, a nosotros y a vos, llamadla Soledad—tornó a decir la mujer, a tiempo que ponía en los brazos y en la diestra del osado un envoltorio y una bolsa llena de oro.

Tan estupefacto quedó que ni aun alientos tuvo para seguir a la mujer, que desapareció en la sombra.

Fuése a su posada y halló con que el envoltorio no era menos que una niña de pocos días, rubia como las candelas, con los ojos azules, que parecían dos gotas de cielo.

Dióla a criar, y a los ojos de todo el mundo apareció como su padre, y en verdad que no quisiera más a la muchacha si lo fuera en efecto. Tanto, que hasta que la tal cumplió los siete años siempre la llevó consigo, y en los mejores Monasterios la buscó amparo, y uno dellos, en la ciudad de Toledo (tal había germinado en su alma la savia del misticismo) quedóse para siempre como esposa del Señor.

Rudo golpe fué éste para *El Cruzado*, que vióse nuevamente solo, sin afecto que le ligase a la tierra, y por esto de allí adelante procuró vivir sin raíces en el alma ni pasiones en el corazón.

* * *

Al cabo de los años creyó ver en Matilde las mismas facciones de su ingrata hija adoptiva, y despertó en su corazón aquel amor dormido.

Mirábase viejo y pesábale de no haber sabido guardar de sus rapiñas y botines guerreros, para quedarse ahora tranquilo a la sombra de aquel amor de padre que retoñaba en su alma...

En los maltratados, la tarde del rescate de Matilde, no dejaba de crecer enconadamente la idea de venganza, y no esperaban sino un momento propicio de llevarla a cabo.

El rufián que para toda su vida quedara lisiado (tal fué la quebradura), era quien reciamente se encargaba de mantener vivo y pujante aquel encono.

A oídos de todos llegó a saberse las visitas nocturnas que hacía *El Cruzado* a la ribera del río aún en las noches más lóbregas y desapacibles.

Miraron a saber la causa, y se enteraron a medias; sólo supieron que era por una mujer, desde luego entendieron que era amor de la carne y más cuando tras mucho investigar llegaron a enterarse de quién era la moza.

¡Valga Dios la tremolina que movieron entre sí!

—«Miren el bellaco—decían—hipócrita, que so capa de protección hidalga nos lleva la niña para tomarla a su gusto y sin testigos. Ya se lo diremos de manera que le duela.»

Y una noche, apostáronse cuatro de los rufianes a la hora de la queda, llevando al manco por cabecilla, y hallando a Matilde sin el amparo de nadie, entráronse decididamente. Más fué a tiempo de que llegaba *El Cruzado* como teníalo por costumbre. Advirtió desde fuera la infamia y lo mismo que un tigre herido lanzóse dentro de la casa.

—Ya viene el gavilán a ver a su paloma—dijo a los de dentro el que guardaba la puerta.

A este tiempo ya aquéllos salían con Matilde desmayada. Más la recia espada de *El Cruzado* detúvoles en sus proyectos, y fuéles menester abandonar la preciosa carga para no dejarse acuchillar por el valiente.

Con tal denuedo acometía, que más que un sólo acero dijérase que manejaba ciento. Cuatro eran contra él; pero otros tantos no bastaban para su esfuerzo y bizarría.

Al fin uno dellos, conociendo la desventaja que llevaban, dejó de acometer y yéndose hacia la muchacha alzóla en sus brazos, y amenazando hundirle la daga en el pecho, dijo:

—Mira, *Cruzadillo*, que firmas su sentencia de muerte si das un mandobie más sobre nosotros.

Suspenso como un autómata al que se le rompe el mecanismo, quedó el valentón.

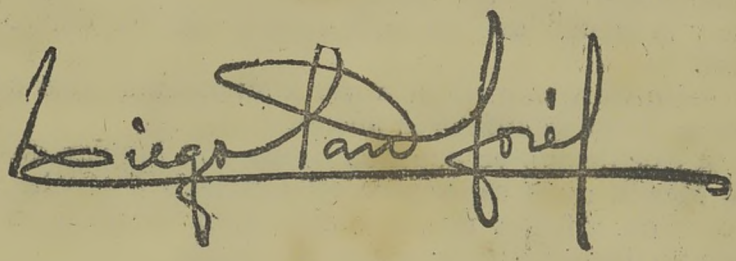
A esta incertidumbre estuvo atenta y lista una mano zurda y traidora, que acercándose a la solapada, metió por las espaldillas del bravo dos palmos de hierro, que fueron seguro pasaporte para salir deste mundo.

Alzóse el infelice sobre las puntas de los pies, levantó las manos en alto como clamando al cielo, cayó sin decir ¡Jesús, valedme!

¡Sea el alma deste hombre (que habiendo vivido lo más de su vida a lo bellaco, murió como un hidalgo de los buenos de Castilla, sin importársele una higa lo que defendía) en la parte donde quiera Dios que moren los limpios de corazón y los bienaventurados de buena voluntad!

¡Cuántos corren las jornadas de la vida y como pecadores y en la hora suprema, acaban de manera tan ejemplar, que dejan en mantillas a mi santo homónimo el esposo de Nuestra Señora!

No nos olvide en el trance fatal, en aquel viaje que no tiene billetes de ida y vuelta. Amén...



Prohibida la reproducción del texto.

PARA AUMENTAR DE PESO

tonificarse nervios y músculos y adquirir buen apetito, tome el

: HIPODERMOL :

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡¡EUREKA!!

Buen humor, por la comodidad.
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11. - MADRID

Grandes fábricas de Chocolates y Mantecadas en ASTORGA de DELFIN RUBIO

Exportación a todas las provincias. Tareas de encargo.

MANTEQUERÍAS LEONESAS

Fábricas modelo: VILLAJER, (León.)

Depósito general: Nicolás María Rivero, num. 8 y 10. - Madrid.

Comestibles y fiambres.

Fábrica de Corbatas

Camisas, guantes, pañuelos, géneros de punto.
Elegancia, surtido, economía
Precio fijo.

CAPELLANES, 12 — MADRID — CASA FUNDADA EN 1870

VIENA REPOSTERIA CAPELLANES

Exquisitas mantecadas; pan de gluten para diabéticos; jamón en dulce elaborado por procedimiento nuevo y exclusivo.—Cada 100 pesetas de compra en repostería, regalo de una cartilla de 5 pesetas de la Caja de Ahorros Postal. Pasteles, dulces, pastas y postres.
Mendizábal, 34-Arenal, 30-Preciados, 19-Martín de los Heros, 33 y 35-Marqués de Urquijo, 19 San Bernardo, 88-Alarcón, 11-Génova, 25. Teléfonos: 1953-1937-1957-1905 y 1868.

Atención Si los vasos capilares no funcionan bien, el cabello se seca y se desprende, produciéndose rápidamente la calvicie. Esto se evita estimulando el funcionamiento de dichos vasos, bulbos y glándulas sebáceas, lo que se logra aplicando el agua la Flor de Oro, sin rival para la conservación del cabello. Se vende en las perfumerías y droguerías.

La Novela TEATRAL

publicará MAÑANA DOMINGO, la comedia lírica en un acto y cuatro cuadros,

ALMA DE DIOS

C. Arniches y E. García Alvarez

10 céntimos.

CONCESIONARIO:

LEÓN ORNSTEIN

MARIANA PINEDA 5
MADRID

Imprenta ... de la Banda Gortas. Antonio Palomino, 1.—Madrid.